

de Diego Velásquez, y en nombre de Doña Juana y de su hijo Don Carlos, reyes de Castilla y de León, tomaba posesión y propiedad de Cozumel y tierras y mares adyacentes. Mandó al escribano Diego de Godoy que levantase el auto de posesión, y puso por nombre á la isla «Santa Cruz,» y al cabo más meridional, «Cabo de San Felipe y Santiago.»<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 505.

## CAPITULO VIII.

El pueblo de San Juan de Cozumel.—Su aspecto.—Sus adoratorios.—Pláticas amigables con los indios.—Un sacerdote maya.—Ritualidades idolátricas en presencia de Grijalva.—El capellán de la armada dice una misa rezada, que es la primera que se celebró en Yucatán.—El sacerdote idólatra da una comida á Grijalva.—Los indios abandonan á Grijalva.—Aspecto del pueblo de San Juan de Cozumel.

Concluido el acto de posesión, pensó Grijalva ir por tierra hasta una torre ó adoratorio que se divisaba, y para ello intentó penetrar por varias sendas que de la orilla se desprendían para el interior del bosque; mas terminaban en pantanos ó ciénagas imposibles de vadearse, y después de varios infructuosos ensayos, al fin resolvió volver á sus botes, y seguir costeando hasta la tarde, hora en que enfrentó con aquella populosa población á que antes hemos aludido.

En la noche, la torre ó adoratorio se cubrió de luces, y alguna función religiosa debía estarse celebrando, porque así lo indicaba el estrépito incesante de los *tunkules*.<sup>1</sup> No había que pensar en bajar esa misma noche á tierra, sino sólo en poner en guardia á los buques, y dejar el desembarco para la mañana siguiente. Así se hizo, y al amanecer

<sup>1</sup> Instrumento músico con que los mayas acompañaban ciertos bailes y las ceremonias del culto idolátrico.

del jueves seis de Mayo, se presentó otra canoa de indios que manifiestamente venían del pueblo fronterizo. Fueron tratados y obsequiados de la manera más agradable, y se les anunció que el capitán Grijalva y algunos de los suyos se preparaban á desembarcar esa misma mañana para visitar su isla. La idea fué acogida complacientemente por los indios, ó á lo menos aparentaron acogerla bien, pues expresaron su asentimiento con palabras y con gestos, y aun indicaron que su cacique se complacería en recibir al enviado del rey de Castilla.

Tales agasajos de parte de los indios animaron á Grijalva, quien, sin pérdida de tiempo, mandó echar á la mar cuatro botes con cien hombres y el padre Juan Díaz; se fué á tierra derechamente, y desembarcó al pie del principal adoratorio de Cozumel. Pensando que hallarían una gran multitud en el adoratorio, se apercibieron en buen orden, y se encaminaron hacia él; pero al llegar, todo lo encontraron en la más completa soledad. Pudieron examinar de cerca el edificio: era una construcción de piedra, alta y bien labrada, con esquinas, á la cual se subía por diez y ocho escalones, y terminaba el primer cuerpo en un descanso ó repecho; de aquí nacía otra escalera de piedra que conducía á la parte superior, coronada de un andén espacioso, como adecuado para servir á mucha gente. Del anden se bajaba por una escalera de caracol al cuarto interior donde estaban los ídolos, unos líos de esteras de palma, y los venerados huesos de un cacique de quien se hacía memoria por su probada rectitud. Podíase entrar también al edificio por unas puertas bajas que había en cada esquina, y

que igualmente conducían al departamento de los ídolos. Todo el edificio terminaba en una torre de dos estados de alto, almenada, y á la cual daba ascenso otra tercera escalera de piedra.

El capitán Grijalva entró al templo de Cozumel con algún temor, porque, á pesar de las seguridades de buena acogida que los indios le habían dado, el mismo silencio del lugar infundía pavor; y la soledad del sitio le hacía concebir sospechas de que los indios hubiesen urdido alguna red en que los españoles cayesen candorosamente. Por esto, entró al templo bien prevenido para pelear, y así permaneció durante toda su visita. Subió á la torre con su alférez, y plantó allí la bandera de su patria; luego bajó con sus compañeros al adoratorio, y cuando allí estaban contemplando los ídolos de diversas figuras, entró un anciano sacerdote indio, hombre de autoridad, acompañado de tres sacristanes. El sacerdote traía cortados los dedos de los pies; llevaba una manta larga y cuadrada, y sandalias de cuero de venado; y sostenía en la mano un bracerillo de barro, primorosamente labrado, y lleno de brasas. Echó incienso en la lumbre, y entonando un himno monótono y acompasado, sahumó á los ídolos, y luego á Grijalva y á sus compañeros: al mismo tiempo, se distribuyeron á cada uno de éstos cañas largas encendidas, rellenas de tabaco y otras plantas aromáticas. El cántico gutural del sacerdote, el humo del copal que perfumaba el ambiente, y el suavísimo olor que despedían las cañas al quemarse, dejaron en el ánimo de los circunstantes extraña y peregrina sensación. Parecía aquello como la ritualidad del culto idolátrico de

aquellos indios, por lo que al capitán Grijalva, hombre naturalmente piadoso y accesible á los sentimientos religiosos, parecióle bien mostrar las majestuosas ceremonias del culto católico, y, con poca discreción, ordenó al punto al padre Juan Díaz que dijese misa en el andén, sobre un altar improvisado. El sacerdote indio y sus sacristanes, concluidas las ceremonias de su culto idolátrico, subieron al andén donde se preparaba la misa, y después fueron llegando otros indios de manera que cuando el padre Díaz empezó el santo sacrificio, ya había bastante concurrencia de españoles y de mayas. Estos asistieron maravillados, y en la más completa ignorancia de los santos misterios que Grijalva quiso se verificasen en lugar tan inadecuado, en presencia de quienes todavía no alcanzaban á penetrar su inefable significación.<sup>1</sup>

Acabada la misa, se presentaron ocho indios, y ofrecieron á Grijalva un presente de gallinas, miel, y pan de maíz; y aunque al jefe castellano no le hubiese desagradado tan sencilla muestra de consideración, como entre sus instrucciones llevaba la de proveerse de oro, no pudo dejar de manifestar que su principal deseo era hacer cambios, con metales preciosos, de las diferentes mercancías que llevaba. Los indios no negaron que poseían prendas del precioso metal, y aun ofrecieron traer algunas para hacer el trueque que tanto deseaban los extranjeros. Entre tantó, el sacerdote indio invitó al jefe español á bajar del templo, é ir á tomar algún descanso á una estancia inmediata, que probable-

<sup>1</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 285.—Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 507.—Las Casas, op. cit. tomo IV, pág. 423.

mente le servía de habitación. A la entrada de esta casa, había un pozo que proveía de agua á la gente del lugar; y junto al pozo se extendía un corredor ó galería sustentada por pilares de piedra que daban entrada á un aposento espacioso, cercado todo de piedra y cubierto de paja. Llegados allí Grijalva y sus compañeros, les sirvieron el almuerzo, después del cual, todos los indios, con inclusión del sacerdote, se fueron separando sigilosamente del lugar, y dejaron á sus huéspedes en el más completo aislamiento. Pronto se dió cuenta Grijalva de que ni un solo indio quedaba en la casa, y, no queriendo perder inutilmente el tiempo, se propuso al punto visitar y conocer todo el pueblo, al cual Grijalva puso por nombre «*San Juan ante portam latinam.*»<sup>1</sup> Notaron que esta aldea tenía calles bien tiradas y empedradas, con canales en el medio;<sup>2</sup> y á lo largo de las calles, por uno y otro lado, se levantaban casas con el cimientó y las paredes de piedra y lodo, y la cobija de paja. Cada casa poseía un solar bien sembrado, y en el fondo de algunas, si no en las más, se levantaban colmenares poblados de abejas. Entre las casas, descollaban cinco con unas torres gentilmente labradas, y que debían de ser ó adoratorios, ó morada de la gente noble del pueblo. La industria primera y principal de los habitantes era la cera y la miel, y la cría de gallinas y pavos; pero además, se proporcionaban buena alimentación con la caza en sus bosques, que abundaban en liebres, conejos, puercos monteses y venados. Parecía tanta la abundancia de caza, que

<sup>1</sup> Oviedo, op. cit. tomo I, pág. 507.

<sup>2</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 286.

algunos de los soldados de Grijalva que se aventuraron á penetrar en los bosques inmediatos al pueblo, vieron algunas piezas, y entre ellas algunas liebres que les hicieron recordar las de Castilla. Mas del oro que codiciaban, había poco y escaso, de manera que, no obstante la buena acogida que les dieron los habitantes de Cozumel, los expedicionarios quedaron de mal talante. De peor humor se pusieron con el bando que, á voz de pregonero público, mandó Grijalva publicar. Había recibido de Diego Velásquez, órdenes expresas de evitar toda contienda con los indios, y sacarles á la buena cuanto oro pudiese. Con este motivo, ordenó por bando que nadie hiciese daño á los indios; ni se burlase de ellos; ni hablase con sus mujeres; ni les robase sus bienes y honra; ni, menos aún, tuviese trato con ellos de oro, perlas ó piedras preciosas; pues que el capitán se reservaba celebrar por sí cualquier contrato ó negociación que los indios propusiesen. Amenazaba con graves penas por la infracción de sus disposiciones, las cuales mandaba se guardasen durante toda la expedición; y ofrecía también castigar severamente todo abandono de la guardia ó retén donde quiera que se estableciese.<sup>1</sup>

Estuvo esperando Grijalva que el cacique de Cozumel viniese á visitarle; pero sus esperanzas resultaron fallidas, y en la tarde se embarcó con su gente en los navíos, decidido á continuar su viaje. Así lo efectuó, dándose á la vela al día siguiente, 7 de Mayo, con dirección al poniente.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Las Casas, *Historia de las Indias*, tomo IV, pág. 423.—Oviedo, op. cit. pág. 507.

<sup>2</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 287.

## CAPITULO IX.

Costa oriental de Yucatán.—Xelhá.—Tulúm.—Descubrimiento de la Bahía de la Ascención.—Cautiva jamaicana.

Después de atravesar como quince millas de un lado á otro, avistaron la costa oriental de Yucatán, y en ella tres pueblos que parecían estar separados como dos millas uno de otro, y provistos de muchas casas de piedra y paja. Uno de estos pueblos era Xelhá, á la vuelta del riachuelo del mismo nombre. Los soldados y capitanes subalternos invitaban á Grijalva á desembarcar, para reconocer aquella costa y poblaciones; pero éste rehusó firmemente dar su permiso para descender á tierra, y ordenó que siguiesen corriendo por la costa todo el día y la noche. Al siguiente día, 8 de Mayo en la tarde, se vió claramente desde lejos un pueblo muy grande, en el cual sobresalía una torre muy elevada á cuyo rededor había muchas casas; tantas y de tan buena apariencia, que los españoles compararon la población á la de Sevilla.<sup>1</sup> No era otra esta ciudad sino Tulum, cuyas ruinas aun se conservan, y se ven por los navegantes que trafican las costas orientales de la península de Yucatán.

<sup>1</sup> *Itinerario de Grijalva*, pág. 287.